

Dicen que en su examen profesional Juan Ortiz Escamilla recibió un consejo de doña Josefina Vázquez: que escribiera una biografía del antepenúltimo “virrey” de Nueva España. Veintitantos años después de aquel día, Ortiz Escamilla ha cumplido finalmente con la encomienda de su directora de tesis. Dado este antecedente, puede sorprender un tanto que *Calleja. Guerra, botín y fortuna* sea un volumen tan delgado (apenas 253 páginas de texto efectivo) y aun que algunas de sus secciones (particularmente el tramo final) estén más bien subdesarrolladas. Ambas circunstancias —la concisión del trabajo y buena parte de sus problemas— tienen desde mi punto de vista un mismo origen: a saber, que Ortiz Escamilla ha dedicado buena parte de las últimas dos décadas al estudio de la guerra civil novohispana de 1810-1824 y que, cansado de tanta especialización, recientemente comenzó a estudiar la manera en que México se involucró en la Segunda Guerra Mundial. Así, puede decirse que este libro es una suerte de síntesis de sus investigaciones anteriores

y también reflejo de que el siglo XIX temprano ya no le interesa tanto como antes.

No hace falta decir que Félix María Calleja necesitaba ser estudiado. Antagonista paradigmático de los “caudillos” insurgentes de acuerdo con la vieja historiografía, Calleja fue ante todo —como el propio Ortiz Escamilla demostró en *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México*<sup>1</sup>— el cerebro político de la contrainsurgencia novohispana y, por tanto, uno de los principales responsables de la paradójica, parcial y por demás pírrica victoria del antiguo régimen sobre la insurgencia política (o sea, la de los letrados que crearon Anáhuac en 1813). Comprender su trayectoria antes, durante y después de la guerra civil es por supuesto indispensable para dar cuenta del periodo en su conjunto, y por ello sorprende un poco que nadie hasta ahora hubiera intentado escribir su biografía. (Debe ser que, pese a todo, la historiografía “de la independencia” no consigue desprenderse de ciertas ideas romántico-patrióticas que orientan la investigación hacia fenó-

\* Juan Ortiz Escamilla, *Calleja. Guerra, botín y fortuna*, Universidad Veracruzana/El Colegio de Michoacán, Xalapa/Zamora, 2017, 270 pp.

<sup>1</sup> Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México*, Instituto Mora/El Colegio de México/Universidad Internacional de Andalucía/Universidad de Sevilla, Sevilla, 1997.

menos en apariencia trascendentes, en particular la creación del Estado mexicano y el establecimiento de la ideología —el liberalismo— que todavía hoy intenta legitimarlo.)

El mérito principal de *Calleja. Guerra, botín y fortuna* es llamar la atención sobre un par de paradojas fundamentales para entender la guerra civil novohispana como un conflicto efectivamente intestino y para pensar la irrupción del liberalismo (español) en términos no teleológicos ni triunfalistas. La primera paradoja se refiere a la “identidad” de Calleja. La segunda, a la relación entre Calleja y el gobierno constitucional español. Ambas ponen de manifiesto los problemas que han generado las interpretaciones nacionalistas e ideológicas de lo que ocurrió en la década de 1810 y nos ayudan —deberían ayudarnos— a comprender de mejor modo la manera en que se colapsó el orden colonial hispanoamericano. Junto con la política contrainsurgente de Calleja a partir de 1811 y la operación de cabildeo que lo llevó al gobierno novohispano dos años más tarde, las paradojas expuestas en el trabajo de Ortiz Escamilla construyen una imagen bien distinta, mucho más compleja, de lo ocurrido en esos años.

En primer lugar, porque Calleja debe haber sido el único novohispano que gobernó Nueva España. Que haya nacido en Europa es hasta cierto punto irrelevante; lo que importa es que se hizo persona —empresario, padre de

familia, hombre público, comandante militar— en el centro-norte del virreinato a partir de 1790. Y veinte años, sobre todo en el tránsito del siglo XVIII al XIX, eran mucho más que una mera estación de paso. Los vínculos que estableció Calleja con la oligarquía de San Luis Potosí, su involucramiento en la política local, su conocimiento de las fronteras virreinales, todo ayuda a explicar que el individuo que se movilizó para combatir la insurrección popular en el otoño de 1810 era cualquier cosa menos un *gachupín* advenedizo. Como muestra Ortiz Escamilla, era más bien un potosino con intereses regionales, relaciones sociales y aspiraciones políticas específicas, sin los cuales no hubiera podido dirigir las milicias y tropas regulares que espantaron a los insurgentes en Aculco, masacraron a los rebeldes en Guanajuato y batieron al segundo ejército de Miguel Hidalgo afuera de Guadalajara a principios de 1811.

Ponderar esa experiencia es aún más necesario pues de otro modo cuesta trabajo explicarse cómo le hizo Calleja para concebir la estrategia gracias a la cual el régimen pudo contener la (primera) ola insurreccional: el plan político-militar de 1811. Hasta cierto punto, el éxito de las milicias pueblerinas contrainsurgentes —con todos sus asegunes— se explica porque eran instituciones locales, enraizadas en el paisaje social novohispano; porque Calleja entendió muy pronto

que, para apretar, la cuña contrainsurgente debía ser del mismo palo que la rebeldía popular. Pero sólo hasta cierto punto: porque Calleja —revolucionario a su manera— se negó a respetar el orden estamentario colonial y animó la revoltura de *indios, mulatos, mestizos y españoles* en las unidades militares de los pueblos bajo su control. Este rasgo del proyecto militar contrainsurgente aparece muy claramente dibujado en la segunda edición de *Guerra y gobierno* (2014) —que en realidad es otro libro—, y quizá por eso no recibe demasiada atención en el *Calleja* de Ortiz Escamilla. Es una pena que así sea, puesto que constituye la mayor de las paradojas de la vida pública de Calleja y debería dinamitar las certezas que todavía opacan nuestro entendimiento sobre el proceso histórico novohispano. Porque lo más interesante de las milicias “multiétnicas” de Calleja es que negaban el orden socio-cultural que se proponían defender y, por lo tanto, contribuyeron de manera decisiva a destruirlo —tanto como la acción y la política anticoloniales de los rebeldes.

El tercer momento capital de la vida de Calleja es el que menos atención recibe en *Calleja. Guerra, botín y fortuna*. Es la intriga —trasatlántica— que le permitió ser nombrado “virrey” por las Cortes españolas en 1813. Al parecer, la razón de esta ausencia es que Ortiz Escamilla no encontró documentación al respecto. Pero ello

es hasta cierto punto inexcusable —propio de un tipo de historia todavía sometida al ídolo de los empiristas—. Porque es un acontecimiento capital de la historia novohispana: Calleja fue el único gobernante de Nueva España que no  *vino* de Europa sino que apenas fue nombrado  *desde* Europa. (No cuentan los obispos que ocuparon la cabeza de los reinos mexicanos porque siempre fueron interinos.) Y todavía más: Calleja fue el único “virrey” designado en razón de sus méritos —precisamente la destrucción del ejército de Hidalgo y la toma de la fortaleza de Zitácuaro unos meses más tarde—. Aunados a la “identidad” novohispana de Calleja, ambos hechos manifiestan la profundidad de la fisura, que se antoja llamar civilizatoria, provocada por las insurrecciones de 1810. Que es como decir que a fines de 1812 la restauración del antiguo régimen era simplemente imposible. Pero también que el gobierno español antepuso la razón de Estado a cualquier consideración ideológica. Porque —como explica Ortiz Escamilla— Calleja no era exactamente un liberal.

Extraños compañeros de viaje resultaron Calleja y las Cortes liberales españolas. Aunque opuestos o al menos distantes en lo ideológico, durante poco más de un año trabajaron de común acuerdo para “pacificar” un país que se les escapaba de las manos, que se les había escapado de las manos entre otras

razones porque ni Calleja ni las Cortes parecen haber pensado demasiado en las implicaciones de sus actos —como la creación de las milicias pueblerinas novohispanas o como la abolición del tributo en el Imperio americano (en 1811)—. El análisis de esta relación es quizá la parte mejor lograda de *Calleja. Guerra, botín y fortuna*. De este modo es posible entender el “pragmatismo” de las Cortes, que además de nombrarlo no tuvieron empacho en aceptar que Calleja aplicara la Constitución de 1812 de manera tan incompleta y con tan poco entusiasmo —lo que por supuesto sólo contribuyó a restarle legitimidad a su proyecto—. El nombramiento mismo de Calleja sintetiza esta circunstancia: porque la Constitución había acabado con el cargo de *virrey* y no obstante Calleja lo usó libremente y sin que las Cortes lo cuestionaran. Y cabe decir lo mismo de la libertad de prensa y de la incorporación de la población indígena al cuerpo político de la monarquía. Es como si ambos —Calleja y las Cortes— hubieran decidido que la preservación del Imperio era mucho más importante que la consistencia del proyecto “liberal” español. Ello también ayuda a comprender por qué la restauración del absolutismo fue en América menos traumática que en la Península —aunque, extrañamente, el regreso de Fernando VII trajo consigo el final del gobierno de Calleja.

Desde el subtítulo del libro, Ortiz Escamilla dedica mucha atención a

la inmensa riqueza de la que se hizo Calleja en Nueva España y que lo convertiría en el hombre más rico de Valencia. Sus hallazgos son por supuesto plausibles, pues dicen mucho acerca de la manera en que los negocios, la política y la guerra estaban entrelazados a principios del siglo XIX —en la vieja como en la nueva España—. Me parece sin embargo que Ortiz Escamilla valora esa acumulación de riqueza de manera un tanto ahistórica y moralista, condenando el expolio sin tratar de ver la riqueza de Calleja como un caso más bien ordinario de “corrupción” o, lo que es lo mismo, sin preguntarse acerca del orden cultural y político que permitió —y normalizó— la creación de semejante fortuna. Peor todavía, el último capítulo de *Calleja. Guerra, botín y fortuna* pierde demasiado tiempo listando los bienes del conde de Calderón (en 21 largas páginas, además de otras nueve dedicadas a sus deudores), cuando más bien era necesario un análisis del pasado económico y social del Levante español —una valoración del estado del antiguo régimen después de la guerra de independencia peninsular que permitiera apreciar el valor de tantas *hanegadas* de tierra—. Que nada de esto aparezca en el libro (me) indica que Ortiz Escamilla ya no estaba interesado en estudiar la época —aunque también, claro, hace posible que alguno de los muchos lectores que merece este libro encontrará ahí

la materia prima para concebir una magnífica tesis de historia española.

No obstante la falta de análisis en el último capítulo, me parece que *Calleja. Guerra, botín y fortuna* es un libro importante que nos ayuda a entender que el colapso del orden colonial hispanoamericano no era inevitable ni que el futuro de México como Estado liberal estaba contenido en las decisiones, más bien aleatorias, que tomaron sus actores más prominentes. Nos recuerda también que infancia no es destino y, más, que la guerra misma fue la forja donde

se disolvió el orden colonial y de la que nació la república mexicana. Y como sin pretenderlo, en fin, evidencia que la segunda década del siglo XIX todavía tiene mucho que ofrecer a quien se acerque a ella con curiosidad, diligencia e imaginación —lo cual, claro, es un poco sorprendente dado la abundancia, que a veces parece un exceso, de trabajos al respecto.

*Luis Fernando Granados Salinas*  
Instituto de Investigaciones  
Histórico-Sociales,  
Universidad Veracruzana